

LA POLITICA EXTERIOR DE LA U. R. S. S.

(Continuación)

VI

EL TERCER MUNDO COMO OBJETIVO

El mundo en desarrollo favorece, en gran parte, las diferentes actividades soviéticas en la política internacional. Ciertamente, hay países ricos y países pobres, desarrollados y subdesarrollados, civilizados y en vía de civilización, pero ya no puede ser tan cierto el que la U. R. S. S. monopolice toda clase de soluciones sin aportar, prácticamente, nada a que disminuyan los problemas pendientes. Sigue ahondándose el abismo económico que separa al Tercer Mundo del Occidente industrialmente desarrollado. Continúa, a pesar de notables cambios ocurridos en el desarrollo económico de los nuevos países y a pesar de sus esfuerzos en bien del progreso nacional⁵⁶. Los años sesenta fueron declarados por la ONU «decenio de desarrollo» en el sentido de emprenderse pasos para elevar la economía de los países de Asia, Africa y América Latina. En 1964, la Conferencia de la ONU sobre el comercio y desarrollo adoptaría, en Ginebra, acuerdos cuyo riguroso cumplimiento por todos los participantes del intercambio internacional hubiera podido mejorar sustancialmente por lo menos las posibilidades de los países del Tercer Mundo en la esfera de la exportación y de la importación. No cabe duda, las tendencias reales en la economía mundial difieren de las declaraciones y resoluciones hechas y aprobadas entonces en Ginebra.

Los hechos: entre 1950 y 1955 se registró un incremento medio anual de 4,7 por 100 del producto nacional bruto en los países recién independizados. Esta cifra es igual a la registrada en los países capitalistas desarro-

⁵⁶ *Tiempos Nuevos*, Moscú, núm. 43/1967, de L. STEPANOV.

llados. Sólo que distribuido *per capita* fue en los últimos años de 3,4 por 100 en los países capitalistas y sólo de un 2,7 por 100 en los del Tercer Mundo. La situación se agravó durante la primera mitad del decenio sesenta, cuando el mencionado incremento fue de 5 por 100 para los países capitalistas industrialmente desarrollados y de 4,6 por 100 para los países subdesarrollados. *Per capita*, la situación sería, correlativamente, un 3,7 por 100 frente al 2 por 100. Pasando al campo de intercambio internacional, la cuota de los países del Tercer Mundo no socialista habrá bajado del 28 por 100 en 1953 al 20,1 por 100 en 1966. Al mismo tiempo aumentaría la deuda de los mismos agotándose, también, las reservas de oro y divisas. Por consiguiente, las estadísticas internacionales indican que el problema sigue siendo grave en cuanto a las posibilidades de acercamiento de los niveles de desarrollo y de vida entre las dos partes del mundo no comunista.

Entiéndase: según los soviéticos, de las cifras aducidas se desprende ante todo el hecho de que el mecanismo de la economía mundial no socialista reproduce de un modo constante y por ello ahonda las desigualdades económicas—y sociales—entre el capitalismo desarrollado y la antigua periferia colonial. La teoría es una materia predilecta en la política soviética. Hasta el punto de haber descubierto la fórmula de la desigualdad.

Mucho antes de que estos fenómenos adquiriesen la gravedad actual⁵⁷, ya señalaban los teóricos marxistas la inevitabilidad de una agudización de las contradicciones entre el imperialismo y los países recién surgidos. Era entonces ya uno de los temas centrales en la controversia ideológica y política que continúa sosteniéndose a nivel internacional.

Los teóricos burgueses habrían afirmado que la eliminación de los regímenes coloniales conduciría automáticamente al atenuamiento de los antagonismos entre los países recién independizados y sus «opresores» de ayer. Sólo que para los marxistas, de la conquista de la independencia política por las colonias o semicolonias se deducía el advenimiento de una nueva fase en el movimiento de liberación nacional—la fase en que se desarrollaría una lucha por la independencia económica⁵⁸—. Acto seguido, la argumentación soviética se respalda a sí misma como sigue: la necesidad de que el movimiento de liberación nacional traslade el centro de gravedad a las

⁵⁷ Prosigue el mismo autor y en el mismo lugar.

⁵⁸ ¡Cuándo vivimos la era de integraciones a escala regional, nacional e internacional!

esferas económicas deriva del hecho de que el sistema de explotación económica a la que el imperialismo sometió durante mucho tiempo a los países subdesarrollados no desaparece al suprimir las instituciones políticas del colonialismo. No obstante, se admite: este sistema experimenta algunas modificaciones; antes consistía, esencialmente, en la coacción «extraeconómica», o dicho de otra manera, en el saqueo colonial; ahora, rotos los grilletes coloniales, constituye su base las leyes «normales» del capitalismo. La acción de las mismas conduce a la concentración de las riquezas en un polo⁵⁹ y, por tanto, al aumento de la pobreza en otro⁶⁰. Por si fuera poco, «la estadística internacional corrobora año tras año la exactitud del análisis marxista».

Esta sería la situación entre el «imperialismo y el mundo en desarrollo». Y para que el mundo se enterara de la única «verdad» sobre el problema planteado, los soviéticos siempre están dispuestos a dar lecciones correspondientes: en los últimos años se han ideado diversas teorías y que se agrupan en torno a una fórmula aparentemente inocua promovida más bien por periodistas aficionados apuntando a la abreviación: Sur-Norte.

Se trataría de lo siguiente, siguiendo la dialéctica soviética: desde el punto de vista de los teóricos burgueses, en esta fórmula sería una especie de brújula para orientarse en las tormentosas aguas de la economía mundial. El Norte indica los países opulentos y el Sur, las zonas atrasadas y generalmente pobres. No importa que en la zona Sur se encuentren Australia o Nueva Zelanda; lo que pasa es que todos comprenden que es imposible prescindir de ciertos convencionalismos. En un principio, nadie negará que la abrumadora mayoría de los países industriales se encuentran al Norte de los trópicos; mientras tanto, casi todos los países subdesarrollados—o en vía de desarrollo—radican en la parte Sur de la Tierra. En consecuencia, los factores geográficos no cuentan para nada y desde el punto de vista puramente científico, hay que admitir que esta clase de razonamiento tiene un fondo justificado, sólo que la mentalidad de los pueblos del Sur no es, ni puede ser, la misma que la de los del Norte. Los soviéticos no suelen tener en cuenta este hecho; sin embargo, es preciso registrarlo, al menos.

Ateniéndonos al juego dialéctico, las «teorías burguesas» son aprovechadas para la Revolución mundial comunista. ¿Por qué? «El binomio Sur-Norte tiene un contenido sumamente belicoso, estando enfocado en contra

⁵⁹ Entiéndase, en los países capitalistas desarrollados, sobre todo, industrialmente.

⁶⁰ En este caso, en los países subdesarrollados.

de los análisis socio-clasistas de las razones que engendran la desigualdad de los nuevos Estados del Tercer Mundo en lo referente a la economía capitalista en general, a escala mundial».

Todo es sencillo: en el sistema apuntado, todo encaja, cualquier concepción que esté dispuesta el no ver la explotación imperialista internacional. Tanto el racismo nórdico que se proclama superior al elemento meridional del hombre blanco sobre el de color, como la teoría climática que tiende a absolver todos los pecados de los colonialistas alegando que el clima tropical reblandece mientras el vigor septentrional templó la voluntad, por donde todos comprenden el por qué los norteamericanos se enriquecen y los meridionales empobrecen.

La política soviética no omite nada y en esta relación tienen muy presente algunos síntomas que pueden resultar al lector muy provechosos en el estudio de la política exterior soviética; textualmente: lo que brilla por su ausencia en las concepciones expresadas en torno a la fórmula de SUR-NORTE es una explicación del nexo orgánico entre riqueza y pobreza en el sistema económico del mundo capitalista.

Atacando directamente al profesor norteamericano Walt Rostow, el Kremlin «explica»: para esta clase de concepciones, todo consiste en que el SUR y el NORTE no son sino símbolos de dos tendencias paralelas independientes y a la vez contrarias.

«El Capital», de Carlos Marx, suele ser la guía en ocasiones como la presente. Del colonialismo se pasa al capitalismo y al imperialismo, y desde éste al neocolonialismo⁶¹. El materialismo siempre manda; la naturaleza humana se caracteriza por el afán más material que espiritual; entonces la economía prevalece, es el punto de partida y el fin de la existencia humana. Lo que importa es lo de aquí, lo de allá no es sino opio.

Veamos: hay que volver a las cifras para discernir...; algunos datos oficiales sobre la actividad del capital privado norteamericano en los países y Estados nuevos dicen que, en 1965, las inversiones privadas de las empresas estadounidenses en la América Central y del Sur ascendieron a 260 millones de dólares y a 762 millones de beneficios que las compañías americanas extrajeron de aquella operación. Es decir, la diferencia aritmética es de 502 millones de dólares; sin embargo, desde el punto de vista político-económico, se trata de la pérdida de parte de los sueños. Han ganado los

⁶¹ *Tiempos nuevos*, cit.

monopolios de los Estados Unidos... Continuando con las argumentaciones kremlistas, el arqueo del mismo año concerniente a los países recién independizados de Asia y Africa asentaría las siguientes partidas: 347 millones de dólares en inversiones y 1.490 millones en beneficios. Es decir, pérdidas para los países afro-asiáticos y ganancias para los norteamericanos; en total: 1.143 millones de dólares.

Esta es una de las ilustraciones que los soviéticos suelen poner a disposición de su ideología. Lo mismo sucedería en el comercio, aunque desconocemos⁶² el valor de los datos oficialmente facilitados por el Kremlin al resto del mundo... tratándose, por supuesto, de sus «propias partidas». Pues bien, y a pesar de todo, hechos análogos se darían en el comercio internacional. «Es bien sabido que los precios de los productos primarios acusan una tendencia general a un descenso relativo en comparación con los precios de las mercancías acabadas. Los países del Tercer Mundo, exportadores fundamentales de materias primas, se ven bastante perjudicados en sus operaciones de exportación e importación⁶³. Un problema excepcionalmente enrevesado sería el de por qué el dinamismo de los precios en el mercado mundial presenta justamente ese carácter. También en este caso tienen los soviéticos una respuesta⁶⁴: se puede tener una idea aproximada reparando, por ejemplo, en el siguiente fenómeno...: en 1966, los precios de las materias primas exportadas por los países del Tercer Mundo descendieron, en términos globales, de un 4 por 100 en relación con el año 1963. Mientras tanto, los productos primarios exportados por los países capitalistas industrialmente desarrollados aumentarían de un 5 por 100, de lo cual resultaría que aparte de las fuerzas espontáneas en el mercado mundial, hay otras que favorecen al NORTE y perjudican al SUR. Se las conoce con el nombre de monopolios imperialistas utilizando, por tanto, su papel predominante a favor de su propio beneficio y en detrimento de los países del Tercer Mundo.

En resumen, los soviéticos no cesan; porque: la fórmula exacta de las relaciones entre el capitalismo desarrollado y los países del Tercer Mundo no queda determinada por la expresión SUR-NORTE, sino por la argumentación de que en el mundo no socialista se enfrentan países explotadores y

⁶² Ya que es, pura y simplemente, imposible fiarse de las estadísticas soviéticas.

⁶³ Mientras tanto, los Estados "aliados" (=del Este europeo) de la Unión Soviética y dentro del COMECON, aplauden las ganancias soviéticas a expensas de sus propias necesidades.

⁶⁴ *Tiempos nuevos*, cit.

países explotados. Su enclave geográfico no cuenta y su distribución en ricos y en pobres es un fenómeno secundario, resultante de la explotación internacional.

Hay algo más: en el mundo no comunista, en Occidente, no hay sino diversionismo propagandístico⁶⁵. Así, cuando aparecieron en la terminología internacional los conceptos del Este y Oeste, no se impidió, a pesar de todo, una visión clara del panorama de la época actual con su antagonismo central: «el antagonismo entre el capitalismo y el socialismo». La fórmula SUR-NORTE sería, en tal caso, cosa completamente distinta. La pretensión de sus autores y propagandistas consistiría en presentar a los países socialistas como fuerza internacional opuesta al Tercer Mundo.

¿Y la China comunista? Dentro del conflicto chino-soviético no sorprende que el Kremlin acuse a Pekín... ¿de qué?; de ser partidaria de la «fórmula SUR-NORTE». Los maoístas⁶⁶ incitan a los pueblos de Asia, Africa y América Latina a considerar como enemigos a todos los países que no pertenecen a esos continentes, con lo que traicionan por partida doble al socialismo, puesto que a sus ataques contra los Estados socialistas de Europa, contra la U. R. S. S., en primer lugar, añaden ahora el apoyo a la especie de la propaganda imperialista.

Lección «magistral» soviética a los países del Tercer Mundo: «El mejor camino por donde los países recién independizados pueden superar su desigual situación en la economía capitalista mundial es el desarrollo multifacético de su propia economía, la elevación de la productividad del trabajo nacional desde este punto de vista, es de enorme importancia que colaboren con los países del campo socialista-comunista, que contribuyen al nacimiento y al desarrollo acelerado de su industria nacional, al equipamiento técnico de sus ramas clave de desarrollo. No se puede prescindir de la ayuda que siempre ofrece la Unión Soviética, ya por el hecho de que unos 17.000 profesionales preparados en la U. R. S. S. trabajan en distintos países de Asia, Africa y América Latina».

La terminología soviética no admite convivencia entre nacionalismo e internacionalismo (proletario). Sin embargo, según venimos observando, en la práctica ocurre algo distinto⁶⁷: «la construcción de una economía

⁶⁵ *Ibid.*

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ *Ibid.*

independiente es inseparable, en los países del Tercer Mundo, de la lucha contra las actividades que está desarrollando el rapaz imperialismo de los monopolios que operan en aquellos países y en el mercado mundial. La U. R. S. S. y otros Estados socialistas siempre apoyan esta lucha contra el colonialismo económico. Con los esfuerzos conjuntos de los países del Tercer Mundo y de los países del campo socialista se logró aprobar, en la Conferencia de Ginebra, una resolución sobre los principios de las relaciones internacionales en el comercio mundial y la política comercial, en general, política que responde a los intereses de los nuevos Estados. Las potencias imperialistas, sin embargo, no prestan gran atención al respecto».

Todo esto implicaría para los soviéticos una nueva fase de lucha por la aplicación de los principios adoptados en la mencionada Conferencia de Ginebra. Será ésta la causa de por qué se reunirían, el 10 de octubre de 1967, en Argel, setenta y siete países de Asia, Africa y América Latina con el fin de elaborar un proyecto conjunto sobre el comercio y el desarrollo económico para presentarlo a la Segunda conferencia de la ONU, del mismo carácter, cuya celebración se efectuaría en febrero de 1968, en Nueva Delhi. Ahí podría ocurrir cualquier cosa; advierten los soviéticos, diciendo que «lo bueno será recordar que en la lucha social, económica y política lo decisivo no son los puntos cardinales, sino los lados de las respectivas barricadas».

Si en este caso la actitud soviética es bastante amenazadora, no deja de ser, al mismo tiempo, lo suficientemente prudente como para no perturbar los planes de un virtual o posible aliado de entre los Estados del Tercer Mundo.

De eso se trata: la Revolución mundial bolchevique necesita de aguas turbias. En Oriente Medio o en Indochina, en Africa o en América Latina. O en Cuba...

VII

CUBA Y EL MUNDO SOVIÉTICO

«Esta revolución nunca será satélite de nadie ni se someterá a las condiciones de nadie..., nunca pedirá a nadie permiso para mantener su postura, sea en el campo ideológico o en la política interior o exterior»⁶⁸.

⁶⁸ Fidel Castro, el 13 de marzo de 1965, volviendo—posteriormente—varias veces a abordar la misma cuestión.

Dada esta premisa, cabe preguntarse: ¿qué clase de comunista es Fidel Castro?

Entre los dirigentes comunistas sólo Castro nunca ha formado parte del movimiento internacional comunista disciplinado y jerárquico, basado en el mito del partido mundial y en la realidad de la autoridad soviética, que fue precario triunfo de Lenin y Stalin. Para Castro, el camino de Damasco no es el camino de Moscú.

A pesar de la creciente dependencia económica de la U. R. S. S., nunca ha abandonado Castro su postura de independencia, hecho que queda puesto de relieve con su postura en el conflicto chino-soviético. Una vez ha apoyado en parte las posiciones soviéticas, en otra ocasión ha atacado a los chinos, pero no desde el punto de vista ideológico. Castro ha sabido mantenerse más bien neutral. El neutralismo cubano se manifestó incluso antes de que los soviéticos reconocieran el régimen castrista como parte del bloque socialista. Durante el congreso del Partido Socialista Unido de Alemania Oriental, celebrado en Berlín-Este en enero de 1963, y en que los representantes soviéticos atacaran duramente a los chinos, el cubano Armando Hart habló en tono de reprobación de la necesidad de luchar por la unidad en lugar de agravar las diferencias refiriéndose al «hermoso ejemplo de los revolucionarios chinos y de otros países asiáticos». En el mismo año, mientras que los partidos comunistas latinoamericanos denunciaban a coro a los chinos y albaneses, los cubanos se negaron rotundamente a seguir esta línea política. De una forma significativa fue el órgano de los «viejos comunistas», «Hoy» el elegido para hacer la declaración de que «Cuba desea mantener relaciones fraternas con todo el mundo socialista, y no se separará de ningún país que le preste apoyo y solidaridad». Castro llevó a cabo esta declaración al establecer una misión diplomática en Tirana, en noviembre de 1963. Y no olvidemos: Cuba fue el único régimen comunista prosoviético que publicó el texto íntegro del manifiesto antisoviético chino del 14 de junio de 1963. Este alejamiento de la práctica normal de ignorar la polémica chino-soviética sirvió para subrayar el neutralismo de Castro, dado que la respuesta soviética del 14 de julio fue también publicada en «Cuba socialista».

Por otra parte, es posible que el mayor apoyo verbal que hayan obtenido los soviéticos de Castro en esta relación fue durante la segunda visita del líder cubano a Moscú en enero de 1964, cuando después de firmar un acuerdo de compra de azúcar que aliviaría considerablemente sus problemas económicos firmó un comunicado en el que se denunciaba la «acción sectaria

y faccionista» dentro del movimiento internacional comunista y señalando la aprobación cubana a las «medidas adoptadas por el CC del PCUS» para eliminar las diferencias existentes y reforzar la unidad del comunismo mundial. Sólo que en esta fórmula no se aludía a los chinos, contra los que iba claramente dirigida. Y cuando la publicación del informe de Suslov, algunos meses más tarde puso de manifiesto que las «medidas para restaurar la unidad» intercomunista incluían presiones para la celebración de una conferencia con vistas a denunciar a los «escisionistas chinos», Castro se separó de sus benefactores soviéticos. El conflicto ya casi crónico entre Castro y los comunistas latinoamericanos apareció de nuevo cuando estos últimos apoyaron la idea de una conferencia antichina. Los dirigentes cubanos la ignoraron por completo, aunque en realidad Castro enviará a su hermano Raúl a la reunión preparatoria celebrada en 1965 en Moscú, pero sólo después de que la caída de Jruschov y la postura anti-condena adoptada por los rumanos, italianos, británicos y otros partidos habían demostrado que la reunión en cuestión no prepararía nada. La ayuda soviética es bien aceptada en La Habana, pero no así la autoridad del Kremlin.

Una vez más, la conferencia de partidos comunistas latinoamericanos celebrada en La Habana al final de 1964, en que se intentó lograr un *modus vivendi* entre los cubanos y los viejos dirigentes de aquel subcontinente, dio lugar a un comunicado conjunto que contenía formulaciones relativamente prosoviéticas—y tácitamente antichinas—. Al denunciar la conferencia, los albaneses señalaron que fue obra de los revisionistas soviéticos. Poco después, Castro volvió a afirmar su neutralismo en un discurso pronunciado el 13 de marzo de 1965. Sin aludir ni siquiera a la masiva ayuda soviética, y observando ásperamente que él no había dado su consentimiento a la retirada de los cohetes soviéticos después de la crisis de 1962, Castro declaró ostentativamente: «No somos ni seremos nunca satélites de nadie». Sus palabras siguientes fueron una advertencia dirigida contra cualquier intento de buscar partidarios en Cuba: «Naturalmente, tenemos todos los derechos para alejar de nuestro país y de nuestro pueblo estas disputas, estas enemistades bizantinas. Queremos que todos sepan que en Cuba nuestro partido hace la propaganda a favor de nuestro camino; y si no queremos que aquí aparezca la manzana de la discordia, nadie podrá meterla de contrabando».

Ni Moscú ni Pekín, ni en 1963 ni en 1967; el «contrabandista» sería, en este caso, el chino; hay un indicio para la respuesta en el hecho de que los chinos ignoraran por completo este importante discurso; en cambio, los

soviéticos lo reprodujeron íntegramente incluyendo pasajes que con toda claridad critican sus propias posiciones. El «contrabandista» se encontraría en la Embajada china en La Habana. También: seis meses después los cubanos publicaron una protesta formal contra la distribución de material «subversivo» por el personal diplomático chino. Y tres meses más tarde, Castro acusaría a los chinos de «actos criminales de agresión económica»⁶⁹, asimismo, de tratar de subvertir a oficiales y funcionarios cubanos.

Una aclaración: primero, el alejamiento entre La Habana y Pekín era entonces una consecuencia de la reacción cubana a la acción china, pero sin lugar a polémicas duraderas e incluso como una controversia temporal no lo fue a nivel de principios ideológicos; además, en ningún caso podía hablarse de un abandono del neutralismo, especialmente visto el problema desde las cumbres del conflicto chino-soviético; segundo, la distribución de la propaganda por la Embajada china no era la única, tampoco la principal causa de controversia. Mucho más importante era la campaña faccionista que los maoístas venían realizando en los países latinoamericanos, en África, Asia y Europa. No hay que olvidar que la influencia soviética sobre los comunistas de la vieja guardia era un hecho en la vida política que Castro había aceptado, aunque no siempre con entusiasmo. La intervención ideológica y de organización por parte de los chinos, y con el propósito de hacer de la América Latina un nuevo frente en el conflicto con Moscú, era algo distinto, un reto a sus aspiraciones regionales.

La naturaleza de la intervención china parece haber sido a veces mal interpretada y sus proporciones algo exageradas. Veamos: el interés chino por el potencial revolucionario en Latinoamérica, y las posibilidades de hacer frente a la influencia soviética sobre los movimientos comunistas nacionales registraron tendencias ascendentes sólo después de la crisis de 1962. Encontró este interés su expresión en los informes de una tupida red de oficinas de HSINHUA y en la aparición de la revista «Pekín informa»⁷⁰. El énfasis chino respecto a la combatividad revolucionaria fue un considerable atractivo no solamente para los comunistas disidentes, sino también para los grupos izquierdistas, y hasta para los trotskistas. El efecto polarizador del conflicto chino-soviético sobre la izquierda latinoamericana llegó a su punto culmi-

⁶⁹ Al interrumpir los intercambios de arroz por el azúcar.

⁷⁰ Edición española de «Peking Review».

nante en el momento en que los soviéticos se manifestaban en favor de una coexistencia pacífica con los norteamericanos.

El efecto polarizador del reto chino sobre la izquierda no comunista latinoamericana empezó rápidamente a desvanecerse. Una de las razones podría ser la de que el castrismo comenzaba a aparecer como fuerza verdaderamente regional e independiente; si los izquierdistas tenían que buscar inspiración en algún centro de importancia, éste sería La Habana y no Pekín. Otra de las razones podría consistir en que las formulaciones doctrinales y los objetivos políticos de los chinos iban mucho más allá que el voluntarismo revolucionario de los castristas. La armonía aparente y el conflicto real fueron puestos de relieve ya en el mencionado manifiesto chino de 14 de junio de 1963 ⁷¹. Los chinos, igual que los soviéticos, insistían en el papel de vanguardia del partido comunista, aunque considerando que este tipo de partido debería ser prochino y antirrevisionista. El hecho es que la intervención china en Latinoamérica no fue dirigida para promover la revolución, sino a ganar terreno en su disputa con Moscú. Los chinos trabajaban para ganar no aliados, sino algunos conversos, buscando entre ellos una solidaridad ideológica y un compromiso antisoviético inmediato, que los izquierdistas no quisieron o no pudieron asumir. Cuando la agencia de noticias «Nueva China» publicaba con frecuencia informaciones sobre las actividades y declaraciones de los movimientos izquierdistas no comunistas, quedaba comprobado el motivo puramente oportunista: minar la autoridad soviética o de los dirigentes comunistas promoscovitas.

Lo cierto es que en vez de tratar de establecer relaciones de bastante vergadura con los izquierdistas no comunistas, los chinos se limitaron a provocar escisiones con el fin de debilitar la fuerza explosiva de los sectores prosoviéticos. Además, excepto la propaganda, los chinos no tienen medios para ofrecer a estos partidos algo más efectivo.

Los chinos se equivocaron y perdieron. Escogieron un tren ya en marcha y el núcleo de una agrupación regional de partidos escisionistas existía ya dentro del partido comunista antirrevisionista del Brasil ⁷², fundado

⁷¹ "Sobre la base de la alianza entre obreros y campesinos, el proletariado y su partido deben unir todas las clases que puedan ser unidas y organizar un amplio frente (también) unido contra el imperialismo y sus lacayos. Con el objeto de consolidar y ampliar este frente, es necesario que el partido proletario mantenga su independencia ideológica, política y la de organización, e insista en la dirección de la Revolución".

⁷² PCDOB.

por miembros disidentes del PC de Brasil, en febrero de 1962. El PCDOB se convertiría en un exponente monótono de las posturas chinas, sin ninguna importancia política nacional brasileña. Ambos partidos comunistas pasaron a la clandestinidad. El primer caso de secesión antichina ocurrió en el Perú, formando un partido escisionista en enero de 1964, aunque habría de admitir que cuenta con más adeptos que los prosoviéticos. Aparte de eso, el ambiente universitario está de su lado. En otros países latinoamericanos se produjeron de una manera lenta los escisionismos según las directrices que determinaba de por sí el conflicto chino-soviético, pero marcadas por la misma intransigencia sectaria, dado que las facciones prochinas eludían su ineficacia local recurriendo a una grandiosa perspectiva global de lucha contra la traición revisionista del marxismo-leninismo. Se han fundado partidos comunistas secesionistas prochinos en Bolivia⁷³, en Colombia⁷⁴, Ecuador⁷⁵ y Chile⁷⁶. Una tendencia secesionista existía y existe en otros países latinoamericanos.

Resultando: la intervención china ha provocado en general un brote de partidos comunistas escisionistas, preocupados más por atacar a los «traidores revisionistas», que por derrocar el orden existente. En todo caso, es una excelente lección para el mundo libre, ya que para ellos el voluntarismo revolucionario del movimiento castrista no es suficiente: lo que, según parece, importa es la fidelidad a un sistema global de alianza de partidos marxista-leninistas dirigidos por el PC de China. Lo que pasa es que los cubanos no se prestan a esta clase de requisitos. A Fidel Castro y su régimen hay que tomarlo como es y—nada más.

Castro no ha ocultado su desprecio hacia los «revolucionarios de papel», cuya fidelidad fundamental está al lado de la versión chino-albanesa. En la mayoría de los casos, Castro ignora a los grupos o partidos prochinos, sabiendo que no influyen en nada dentro de sus respectivos ámbitos nacionales. Además, los propios chinos se reservan a la propagación de la «revolución cultural» y del «genio universal» de Mao Tsé-tung. No menos significativo es que Pekín no abandona a esos aliados, presuntos o reales, pero en todo caso lejanos, sólo que no puede prestarles ayuda de ninguna clase.

⁷³ En abril de 1965.

⁷⁴ En julio de 1965.

⁷⁵ En 1966, desconociéndose la fecha exacta.

⁷⁶ En mayo de 1966.

En total, los chinos no han conseguido sus propósitos, y este hecho conduce a la conclusión de que es precisamente por esta razón, que Fidel Castro volviera a acercarse otra vez a Mao. Mientras pueda, no quiere saber nada de la polémica chino-soviética. Tampoco hace caso de nuevos llamamientos de convocatoria de una nueva conferencia «consultiva» o «cumbre» protagonizada por el PCUS.

Castro se siente dueño absoluto en su casa. Por ello tiene dificultades no solamente con los chinos, sino también con los propios soviéticos. Al mismo tiempo está bien con los dos bandos.

Los soviéticos no aceptaban de buen grado la afirmación de Fidel Castro de que su régimen socialista era algo como una parte más del bloque ruso. Ahora, cuando ya lo admiten, se han comprometido en apoyarlo; ya no podrían abandonar esta avanzadilla sin perder gran parte de su autoridad que se les concede, todavía, dentro del movimiento internacional comunista. La lección ha sido bien aprendida: parece posible afirmar que si en el mundo subdesarrollado apareciera «otra Cuba», tendría una acogida más fría y cauta por parte de la patria de Lenin. El Kremlin tendrá pocos deseos de ver aparecer más y más Cubas. La Cuba de Castro le ha creado más problemas⁷⁷, que beneficios.

Los especialistas en iberoamericanismo, radicados en la U. R. S. S., en primer lugar, son más bien pesimistas en cuanto a las perspectivas revolucionarias en el subcontinente. El apoyo que la U. R. S. S. presta a la llamada causa revolucionaria en América Latina tampoco resulta ser de gran importancia. Claro que no se ha abandonado el viejo juego de la subversión y de la agitación, pero dentro del marco de la política soviética está, en 1967 y quizá durante muchos años, subordinado a las actividades políticas y diplomáticas que tienden a beneficiar los intereses del propio Estado soviético y a disminuir los intereses americanos en América Latina⁷⁸. Lo que no da lugar a dudas en que este punto de vista está en franca contradicción con la campaña cubana puesta en marcha para fomentar la guerra de partisanos en los países latinoamericanos. Ya se ha visto, Castro se siente dueño de su casa y no le entra en la cabeza de que pudiera existir un régimen reformista⁷⁹. Es característico que haya sido Castro—y no los «discretos» diri-

⁷⁷ Económicos, políticos e ideológicos.

⁷⁸ De este aspecto nos ocuparemos próximamente.

⁷⁹ Caso de los comunistas chilenos o venezolanos.

gentes soviéticos—los que han sacado a la luz del día el conflicto señalado. Precisamente en 1967, Castro ha criticado explícitamente a la U. R. S. S. por tratar de establecer relaciones diplomáticas y comerciales con algunos países latinoamericanos y por ofrecerles ayuda económica y técnica. Castro es tajante al respecto: «Todo lo que suponga ayuda financiera y técnica a cualquiera de esos países equivale a la represión del movimiento revolucionario».

Por fin, ¿chantaje ideológico? Es posible y probable. Las observaciones que recogemos son bastante ofensivas, pero en el fondo reflejan la actitud de Fidel Castro por fomentar los intereses internacionales⁸⁰ de su régimen⁸¹. Hasta el momento, la creación soviética puede ser definida como prudente, ignorando, por consiguiente, las críticas y continuando con su política. ¿Acaso le queda a Castro otro remedio? Ha afirmado en una y otra ocasión que a cualquier intento de someterle a un chantaje económico, él respondería con otro, el ideológico.

Después de la U. R. S. S., Checoslovaquia es el país que más problemas tiene en el desarrollo económica cubano. Y después de Yugoslavia fue el primer país que se opondría al estilo castrista de implantar la Revolución en América Latina, Es decir, el oportunismo de Fidel Castro está completamente al descubierto—en Este y Oeste—.

STEFAN GLEJDURA

⁸⁰ O, al menos, a título regional.

⁸¹ Imitando, por tanto, la política soviética, pero con la tendencia antikremlista (y a la vez, antichina).

NOTAS

